

X Congreso Internacional de Historia Oral

Eje temático: Narrativa, biografía e historia de vida

Oralidad y escritura en la narrativa autobiográfica

Ponentes:

Manuel Martínez Delgado

Universidad Autónoma de Zacatecas, México

mmd.08@hotmail.com

492 126 3434

José González-Monteagudo

Universidad de Sevilla, España

monteagu@hotmail.com

003 467 062 0963

Sigifredo Esquivel Marín

Universidad Autónoma de Zacatecas, México

sigifredo.marin@gmail.com

492 869 3066

Resumen

Con base en su experiencia de investigación desde las perspectivas (auto)biográfica y narrativa los autores presentan un análisis comparativo entre el relato oral y el relato escrito como corpus susceptibles de ser investigados. Parten de la premisa de que la producción de los relatos orales y escritos se puede convertir en un espacio discursivo en el que se generan análisis e interpretaciones por parte de los propios sujetos investigados. Desde esta posición, se abordan aspectos relacionados con la diferenciación, los usos, las posibilidades, las limitaciones y los desafíos de la oralidad y de la escritura a través del relato autobiográfico.

Se dilucidan temas como la temporalidad y la posición del investigador en la elaboración de los relatos, así como las condiciones en que se obtienen, bien sea a petición expresa o con cierta espontaneidad, de manera individual o en un colectivo a través del trabajo grupal y cooperativo y, bajo dichas premisas, lo que unos relatos aportan a otros. Se analiza también la problemática de su producción –oral o escrita– en función de los contextos y de la experiencia, formación y costumbres de los sujetos narradores y del propio investigador.

Otros aspectos que se desarrollan son: la cuestión de la estrategia, los sujetos investigados y el propio investigador; la interactividad en la que se ha generado el producto, bien sea en diálogo con el investigador u otros participantes o simplemente con su presencia física; el contenido del relato según las condiciones en que se genera y a quién va dirigido; y, por último, la pertinencia y posibilidades de uso de la oralidad y de la escritura de los relatos autobiográficos según los temas de investigación y el objeto de estudio.

Palabras clave: Narrativa, investigación educativa, autobiografía, expresión oral, escritura.

Introducción

Dado el interés de este trabajo por contrastar la escritura y la oralidad en la narrativa autobiográfica, al hablar de relato escrito y relato oral, en términos generales nos estamos refiriendo a los escritos de sí; es decir, aquellos textos con los que trabaja la investigación biográfico-narrativa y que se pueden encontrar con muchos nombres y estilos particulares, tales como autobiografías, autoetnografías, autobiografías intelectuales, autobiografías académicas, heterobiografías, relatos autobiográficos de experiencia, autorreflexiones, incluso historias de vida o algún tipo de memorias,

diarios o cartas, cuyas características generales son la construcción o creación que la persona hace de sí misma, el sentido que le confiere a sus acciones y la conciencia de sí, por lo que pueden considerarse dentro del fenómeno más general de discursos o narrativas que tienen que ver con la reflexividad.

Otras características importantes de estos relatos autobiográficos son las siguientes: pueden entenderse como una construcción que se estructura, significa, articula y crea desde la actualidad; conllevan ciertos análisis; y son de naturaleza interpretativa. Esto implica que su escritura no es una tarea objetiva ni desinteresada, sino que esa escritura siempre tendrá intereses específicos para mostrarse de una u otra manera, ante una audiencia determinada. Al mismo tiempo quiere decir que, al narrarse, las personas producen las realidades por medio de los significados que atribuyen a los acontecimientos vividos y a los objetos con los que trabajan (Martínez, 2015a).

El relato escrito

Dentro del relato escrito habría que distinguir entre un relato pedido, que se genera por ejemplo en el proceso de una intervención, de una formación o de un proyecto de investigación (trabajo de campo), y un relato escrito que es anterior a la irrupción o a la aparición del investigador, del formador o de la persona que interviene. Esta diferencia ya introduce un cambio al contar la vida, algún fragmento de ésta o una experiencia particular.

Por lo general los relatos sobre pedido se realizan en el contexto de alguna investigación orientada por ciertos propósitos, por un interés temático y en relación con un objeto de estudio, lo cual de alguna manera se transmite al participante al encuadrar su participación y darle las indicaciones para elaborar su relato. En cambio, los relatos producidos anteriormente, sobre todo si han sido generados en un ambiente de iniciativa individual y de privacidad, y no por una exigencia externa, tienen una espontaneidad, una autenticidad y una naturalidad que no va a tener el relato generado en el contexto de formación, intervención o investigación, donde siempre existe el riesgo de que el sujeto esté inventando o prefabricando, según lo que cree que espera su interlocutor. Los diarios de adolescencia, juventud y edad

adultas son el ejemplo más claro de estos escritos contruidos de manera libre y autónoma, aunque son documentos que no siempre se conservan y en otras ocasiones existe algún inconveniente para proporcionarlos al investigador.

Aunque hay que distinguir entre estos dos tipos de relatos escritos, es evidente que ambos pueden complementarse, dando mayor riqueza al trabajo que se realice con ellos, pues permiten combinar y triangular perspectivas. Los relatos e historias de vida siguen siendo una fuente indispensable para replantear la investigación desde la perspectiva de los propios actores. Por ejemplo, esto se pone de manifiesto en una historia de vida que elaboró José González-Monteagudo (González-Monteagudo y Mellado, 2004) de un amigo suyo que nació en 1921 y murió a los 90 años en 2012, tras haber estado preso en las cárceles de la dictadura de Franco. González-Monteagudo le hizo entrevistas a través de charlas informales (que transcribió y convirtió en relato escrito), y a partir de ahí estructuró un sentido cronológico de su vida, siempre en colaboración con el biografiado. En este contexto, el material escrito previamente que le proporcionó el sujeto (una pequeña agenda-diario y unas cartas que le escribía a su novia cuando tenía 21 años y estaba haciendo el servicio militar) iluminó y complementó mucho la historia de vida. Es evidente que este material contribuye a triangular y complementar perspectivas.

Otro ejemplo se encuentra en el contexto de un trabajo de investigación que en la actualidad realiza Manuel Martínez Delgado (2015b), el cual reúne autobiografías de sus coterráneos a petición expresa, para conformar una *Enciclopedia Autobiográfica de Tlaltenanguenses*. Nos referimos al caso de una joven esposa y madre de familia, que sin proponerse participar en tal proyecto presenta un relato autobiográfico escrito anteriormente al pedido, sobre lo ocurrido a ella y a su esposo durante un mes de su vida. Se trata de un relato donde ella cuenta el sufrimiento vivido, primero en silencio y en el contexto de la pareja, y luego en el ámbito más amplio de su familia, al tener la incertidumbre de haber sido infectados por piquete de una chinche trompuda, hocicona, picuda o turicata (insecto que transmite la Enfermedad de Chagas) y el peligro de morir los dos si el diagnóstico resultaba positivo en los estudios de laboratorio, ya que en algunos casos puede presentarse como una enfermedad potencialmente mortal; además del temor de

dejar huérfanos a sus tres hijos varones menores de edad. Por fortuna, este interesante y bien puesto en trama relato autobiográfico concluye con un desenlace positivo, quedando todo en una falsa alarma. En este caso, la decisión fue incluirlo dentro del conjunto de autobiografías solicitadas, distinguiéndose por una naturalidad y sinceridad que no siempre tienen las otras narraciones, aún cuando la temporalidad del relato y la extensión del mismo son menores a lo tradicionalmente abordado en una autobiografía completa.

Más allá de esta diferenciación, es necesario considerar que la escritura constituye un ejercicio arriesgado, difícil de realizar incluso por personas con un nivel cultural y educativo alto, por las resistencias que genera y por las ansiedades que produce. Ya Michel Foucault observaba que “la escritura de sí” produce un trabajo de re-significación de la propia subjetividad (1999). Por ejemplo, podemos ver que hay muchos buenos educadores que no llegan a producir un texto escrito sobre su práctica educativa, aún invitándolos a escribir sobre el método que están implementando con sus alumnos, o sobre su manera de trabajar en el aula a fin de participar en algún congreso, publicar un artículo o participar en algún evento de formación de profesores para transmitir su saber. Así, solemos encontrar quien dice: “en realidad, yo hago una pequeña experiencia y a mí me funciona, pero yo no sé cómo ponerla por escrito”, o bien: “yo nunca he participado en un ejercicio de escritura autobiográfica de mi experiencia docente, ni cuando me formé como profesor ni cuando he participado en algún curso de actualización, y por lo tanto no sé cómo hacerlo”.

Encontramos entonces que la escritura tiene un cierto nivel de problematicidad que es necesario tomar en cuenta y analizar en función de los contextos y de los sujetos participantes en un proceso de investigación o de intervención. No será lo mismo un trabajo con profesores universitarios que tienen como una de sus funciones la difusión del conocimiento a través de la escritura que una actividad con docentes de primaria u otro tipo de profesionistas o personas que por lo general escriben menos, o para quienes la escritura no es un elemento relevante en su vida (problema que claramente se ha encontrado en el proyecto de la Enciclopedia Autobiográfica de Tlaltenanguenses, al haber convocado de manera abierta a los

paisanos de Tlaltenango, Zacatecas, con formaciones educativas muy variadas y que se dedican a actividades también muy diferentes).

Es necesario considerar entonces que la escritura es un elemento canónico de la legitimidad del capital cultural de la élite, de las clases altas, de los grupos con capital cultural alto. A lo largo y ancho de la historia de la humanidad, la escritura ha sido un poderoso instrumento de control social, de preservación y exclusión de cierta memoria histórica. En efecto, la escritura tradicionalmente ha sido un elemento de distinción a lo largo de los siglos y desde tiempos antiguos, pasando por la Edad Media, el Renacimiento, la Modernidad y, por supuesto, lo sigue siendo todavía en las sociedades actuales, pues sigue teniendo un estatus relevante, sigue siendo un elemento de distinción y de diferenciación social, lo que suele conllevar un desprecio de la oralidad. La oralidad se suele asociar con la incivilidad y la escritura con el proceso civilizatorio.

Asimismo, habría una serie de discursividades híbridas que generan relatos orales potenciados por la escritura, o escrituras que se convierten en eso que Roland Barthes (1976) denominaba el grado cero de la escritura o los clichés literarios, que son obras literarias que pasan a ser parte del dominio público. Otro tipo de relato escrito es aquel que se produce por la transcripción de los discursos orales, que finalmente se convierten en textos escritos, aunque el sujeto que lo ha producido no sepa escribir. Nos referimos a esa tarea que hace el investigador o el transcriptor a partir del discurso oral de una persona que puede saber escribir o no. Pero sobre eso volveremos más adelante.

El relato oral

Desde la perspectiva de los enfoques biográficos el relato oral más usado tal vez sea la entrevista biográfica o biográfico–narrativa, seguido de relatos orales más espontáneos que los sujetos pueden dar al pedirles que nos cuenten ciertas cosas o situaciones de sus vidas; sobre la entrevista en Historia oral e historias de vida se puede consultar González-Monteagudo (2010).

Vamos a comentar varios aspectos a considerar respecto a la obtención de cualquier tipo de relato, pero particularmente de los relatos orales. Uno es el tema del

género, el cual puede convertirse en un problema si subyace algún tipo de contrariedad en la relación hombre–mujer. Por ejemplo, hace varias décadas, cuando casi no había directoras de escuela, y algunas investigadoras empezaron a investigar a los directores escolares en los Estados Unidos, se presentaron muchos casos de rechazo para que una investigadora estudiara ese mundo dominado por los hombres.

Un segundo tema es el relacionado con la diferencia de edades y nos remite a un problema generacional. Por ejemplo, para estudiar culturas juveniles es indudable mejor tener 35 años o menos que tener 55 o 60 años. Realizar observación participante, como estar en la esquina de un edificio urbano en una barriada periférica fumando droga con los jóvenes, resultará más fácil en la medida en que nos encontremos más cerca de la edad de los sujetos. O bien, si se investigan las culturas juveniles de grupos de patinadores que atraviesan la ciudad, pues lo lógico es que si quiere uno participar un poco, uno se haga un patinador habilidoso que pueda ir con el grupo, de manera que sea posible garantizar la plena integración en el grupo.

Un tercer aspecto tiene que ver con lo lingüístico, lo étnico y lo nacional. Un ejemplo sería cuando se trabaja con diferentes lenguas. Esto se puede dar con una población indígena cuando se habla en español, o en general cuando el investigador no es nativo en la lengua en la que se va a desarrollar la entrevista. Lo étnico es evidente, puede haber problemas relacionados con aspectos fundamentales de las culturas o simplemente con el color de la piel. Esto se vincula también con “lo nacional” cuando se trabaja con gente de otras naciones. Por ejemplo, suele darse en los grupos de formación en las empresas. Una situación elocuente y delicada se refiere al trabajo conjunto en el que participan personas de países o territorios que están enfrentados, tal y como nos relataba una especialista en formación a partir de su experiencia trabajando con personas de Israel, de Palestina y de diferentes países árabes. Este es un problema que pueden enfrentar las compañías trasnacionales, cuando algunas personas rechazan trabajar en grupo junto a personas de otras naciones o de grupos ideológicos o religiosos antagónicos. Es evidente que todos estos momentos y situaciones influyen en esa oralidad y en el producto que se quiera obtener. Por eso, la auto-reflexividad sobre estos aspectos es muy importante.

Otro tipo de oralidad interesante sería desde una perspectiva grupal, como el grupo focal por ejemplo, o simplemente el grupo de interacción entre diferentes personas en donde se construye un discurso oral que va mucho más allá de la entrevista individual. Porque una situación grupal activa una capacidad discursiva que es diferente de la suma de las diferentes individualidades. La oralidad de *a* más *b*, más *c*, más *d*, más *n* no es la suma aritmética, sino la suma geométrica de lo que ahí se produce, en el sentido de cómo emergen discursos y posiciones que no hubieran emergido en la situación individual, ni cuando sumamos la individualidad de los relatos que se han podido generar.

Esta oralidad colectiva es muy interesante, porque permite la emergencia de un discurso que va más allá, digamos, de la potencial superficialidad, más allá de lo que algunos sujetos nos pueden ofrecer en una situación cara a cara individual, entre el investigador y el sujeto o la persona que está dando un testimonio o colaborando en una entrevista. La oralidad colectiva resguarda la memoria social viva.

Por ejemplo, en una investigación sobre la configuración narrativa y autobiográfica de la experiencia docente, Manuel Martínez Delgado realiza un trabajo grupal mediante una estrategia metodológica denominada *laboratorio de biografización*, la cual plantea como un dispositivo que pone en relación-integración las líneas teóricas que fundamentan el objeto de estudio con los sujetos de la investigación. Esta estrategia se sustenta en la idea de que “la elaboración colectiva del relato autobiográfico de experiencia es posible cuando un grupo hace sinergia al contarlos, construirlos y reconstruidos, y cuando en el grupo se establecen vínculos de colaboración a través de un proceso de lectura/escucha del relato de otros y la escritura del relato propio. Así que este laboratorio puede entenderse como un espacio de trabajo, de diálogo, de escritura y re-escritura que pone en relación tanto a los relatos con sus autores, como a los sujetos investigados con el investigador, favoreciendo así esa construcción colectiva de se desea” (Martínez, 2015a: 74). En dicho trabajo, Martínez busca generar dispositivos de inteligibilidad de y desde los propios actores, así como un espacio discursivo para su apropiación a partir de un ejercicio de auto-interpretación.

Ahora bien, cualquier tipo de relato oral se produce mediante un proceso que siempre es interesante y necesario reflexionar y analizar para poder dar cuenta de su desarrollo, de las interacciones entre los participantes y de las estrategias y formatos en los que se genera, y no sólo del mero contenido de esa oralidad.

Esto podría hacerse, por ejemplo, desde perspectivas vinculadas al análisis del discurso, pero en general se trata de someter a un proceso reflexivo y crítico los formatos en los que se genera ese discurso. Así, desde una mirada más objetiva del lenguaje, en su sentido estructural, destaca las pausas, los silencios, el tipo de estructura lingüística que se usa, la complejidad del lenguaje, el vocabulario que se utiliza, el empleo de categorías temporales sobre el presente y el futuro, y el uso de preguntas cuando un sujeto está reflexionando sobre su propia experiencia, como por ejemplo cuando algunos sujetos usan las preguntas autorreferenciales (“Bueno... y yo me pregunté en ese momento... tenía 22 años... ¿qué vas a hacer con tu vida? Y yo tenía dos respuestas...”). El relato es una construcción en el tiempo, y por lo mismo, da cuenta de la historicidad del sujeto. Todo esto evidentemente contribuye a dar una idea más precisa del medio y de los formatos en los que se produce el mensaje y la interacción, lo cual ayuda a lograr una mayor reflexividad en el investigador y lo coloca en un mejor lugar a la hora de trabajar el mensaje o contenido que se va a interpretar, bien sea por parte del propio investigador o bien de manera grupal y colaborativa por parte de los participantes en el estudio.

La necesidad de una versión escrita del relato

Por lo general, el trabajo de descripción, análisis e interpretación de los relatos nos exige una versión escrita, de tal suerte que los relatos orales han de convertirse en texto. Nosotros somos de la idea que es necesario un minucioso y detallado proceso de transformación de esa oralidad en escritura, lo cual en principio implica una transcripción lo más fiel posible, con sus reiteraciones y tartamudeos, con sus pausas, silencios y risas, con sus desvíos del tema y confusiones de contenido. Desde luego, estamos de acuerdo con Bolívar, Domingo y Fernández (2001) en que esa operación es ya una traducción o reescritura que introduce una determinada interpretación e impide otras (por ejemplo en los cortes que suelen hacerse en la

transcripción), por ello –en cierto sentido– el transcriptor también se convierte en un intérprete.

A este proceso de transcripción le siguen después otro tipo de operaciones sucesivas sobre esos textos escritos para situarlos, para describir el caso o para contarlos con fines de investigación, de intervención o de posible publicación, o para hacer y presentar algún trabajo de tesis de grado o posgrado.

Al respecto, podríamos encontrar dos estrategias o dos grandes estilos de trabajo: uno conservaría la situación contextual y los diálogos tal cual se produjeron; otro trataría de construir una totalidad del caso o de la historia, una *Gestalt* (una “forma”), como una manera de presentar el caso en su conjunto. Ambos estilos son válidos y aportan mucho al trabajo de investigación o intervención. Diremos algo de cada uno de ellos.

El primer estilo sería conservar –en la medida de lo posible– el contexto original en el que se ha generado la oralidad; por ejemplo, cuando se presenta el caso, mostrar el tipo de diálogo que mantiene el investigador o la investigadora con los participantes, así como la secuencia de estos diálogos sin aislar o descontextualizar la respuesta o el comentario del sujeto. Retrotraer el relato al sujeto de enunciación y a las condiciones que lo hacen posible permite tener un acercamiento de primera mano desde dentro de la trama narrativa misma.

Sería pues un estilo de fidelidad al discurso original, lo que implica trabajar a partir de él y entenderlo en la situación contextual y de interactividad en la que se ha generado, como producto del diálogo o simplemente de la presencia física del investigador. Porque el investigador puede estar callado, pero su presencia corporal, espacial –en sentido fenomenológico– está “formateando” la situación, o dándole un perfil determinado a la situación de interacción. Y es así porque el sujeto que habla (en el caso del relato oral y aún del escrito) no puede olvidar que frente a él hay un cuerpo que lo mira y que asiente o que anota, o que está aburrido o lo que sea.

Un ejemplo de dicho estilo lo encontramos en una investigación de Manuel Martínez Delgado, cuando expone su tesis sobre el proceso de construcción autobiográfica y narrativa de la experiencia docente, particularmente al comentar

cómo se construyeron los relatos autobiográficos de experiencia en colectivo a través del laboratorio de biografización, veamos cómo lo hizo:

... enseguida Alejandro nos presentó su avance, el cual (...) es muy peculiar, inicia cruzando dos textos (que se abordan leyendo un renglón de uno y un renglón del otro), pero además, desde la primera página, en un recuadro, aparece un tercer texto. Alejandro lo explica así:

– “La idea es que las cajitas que van progresando y el texto que va retrocediendo se junten al final”.

Con este relato nos dimos cuenta que Alejandro (1959), Daniel (1960) y Luis Felipe (1963) pertenecen a una misma generación. Daniel le dice a Alejandro:

– “O... oye, estoy impactado porque somos de la misma generación casi, ¿tú eres un poco más joven?”

Luego resalta que les tocó vivir un cambio de época muy duro, refiriéndose a los años setenta y ochenta, y añade:

– “Fuimos la última generación que respetó a sus padres y la primera que obedeció a sus hijos (risas)”.

A lo cual Luis Felipe añade:

– “Esa es la que en Colombia le llaman la generación de la guayaba (risas)... porque la guayaba es una fruta de transición... entonces como fruta de transición es la generación que está en medio de toda la represión, y luego llegó el mundo *light* (risas)”.

Entonces se empezaron a identificar por el tipo de amigos que tuvieron, por sus vivencias en las décadas de los setenta y los ochenta, por los movimientos culturales y sociales, por el tipo de líderes de esa época, por la literatura y por la música. En fin, dijo Luis Felipe:

– “Hay una... hay una... ¿cómo diríamos?, una línea generacional que está muy... muy presente en este relato de Alejandro, que me impacta o me llama la atención sobre todo por la distancia con el presente... parece que hubiera habido un cambio... revolucionario cíclico. El hecho de que... exactamente... parece como si estuviéramos hablando... de otro siglo... ¡sí es otro siglo! (risas) ¡Sí... es otro siglo... pero un siglo donde está todavía la máquina de escribir, están los libreros, los estenciles... todas esas cosas que... que un chico de esta generación no tiene ni la idea y tampoco le importa, y además que cambia exactamente de velocidad. Tenemos un mundo más lento ¿no?, un mundo más provinciano, si se le quiere... pero más... como más cálido... más cálido. Y yo creo que nosotros... (...) que Alejandro lo disfruta, o sea, lo debió disfrutar... (...) pero me da la impresión de que esa es quizá la diferencia con las generaciones de ahora ¿no? (...) las generaciones de ahora parece que no supieran que tienen... no... no... no tienen tiempo... parece que no lo tuvieran... como que estuvieran pendientes todo el tiempo del futuro...”

Por su parte Daniel comentó su admiración por los líderes de los años sesenta, por ser una generación que se propuso cambiar el mundo:

– “Lo de John Lennon no era... no era cuento... lo de los líderes culturales no era cuento. Lo de... el mayo de París no... no... no era diversión... era... era una cosa bastante seria ¿no? Tenían un proyecto de civilización que se canceló en 1968... (...) Pero a donde voy es a esto (risas)... por esa generación tengo respeto... pero sobre todo admiración por.. por las agallas (...) tu [Alejandro] estás a medio camino de esa generación derrotada, pero que es admirable, y de una generación que comienza a construir algo que no llega a ningún lu... punto”.

Este comentario permitió que Alejandro siguiera contando de manera oral otra parte de la historia que había escrito... (Martínez, 2015: 116-117).

El segundo estilo, como decíamos, sería intentar construir una totalidad del caso o de la historia, una Gestalt, como una manera de presentar el caso en su conjunto; por ejemplo, prescindiendo de las intervenciones del entrevistador y yendo directo al discurso de la persona entrevistada, retomando ese discurso ya en su forma escrita para construir una historia o un caso, tal vez cortando, copiando, pegando, reacomodando las palabras y las ideas para dar una secuencia lógico-temporal que originalmente no tenía la historia que se cuenta. Un ejemplo clásico sería lo que hizo Oscar Lewis (1965) en algunas de sus obras, como en *Los hijos de Sánchez*: grabar, transcribir y a partir de ahí generar un relato que tiene un sentido cronológico o temático, o con algún otro elemento que va atravesando y transversalizando el relato que se presenta.

El modelo de la historia total resulta muy interesante cuando se trata de comparar casos, de ponerlos en diálogo o en relación a fin de encontrar diferencias, perfiles, tipologías, patrones, categorías semejantes o discursos similares. Este modelo de la historia total sin duda alguna construye mejor el objeto de estudio en una investigación, mejor que si nos quedamos con un caso único que también es válido; mejor también que el estudio sucesivo de casos que no se someten a una comparación ni a alguna perspectiva que permita mirar lo que aportan unos relatos a otros, y a partir de ahí derivar categorías.

El estilo comentado también se puede mostrar con los resultados de la multicitada investigación de Martínez Delgado, cuando sostiene en una de sus tesis que la experiencia docente y el saber de experiencia son un valor profesional:

En estos relatos se pueden apreciar cambios y transformaciones –personales y profesionales– que dejan huella en sus vidas, tanto en los profesores-

investigadores que los cuentan como en sus estudiantes; asimismo se pueden distinguir los diferentes componentes prácticos, epistémicos y cognitivos que atraviesan sus experiencias en sus distintas acepciones.

Así, se puede ver el componente práctico de las experiencias al poner a prueba o tratar de “experimentar” (léase tratar de hacer experiencia) con algo, como en el caso de las técnicas etnográficas con Daniel, de investigación con Marcelina o autobiográficas con Manuel, lo cual se complementa con las capacidades adquiridas al participar en una práctica (de observación etnográfica con Daniel, de escritura autobiográfica con Manuel) o en una investigación (tesis de grado con Marcelina y con Manuel).

También se aprecia cómo jugó en todos ellos el componente epistémico pues claramente se ve la manera de relacionar no sólo el conocimiento con la emoción y el entendimiento humano, sino cómo se pone en juego la conciencia de sí y la propia subjetividad, al grado que ponen al descubierto las relaciones subjetividad-objetividad y sujeto-objeto de conocimiento.

Ni qué decir del componente cognitivo pues se ve que en todos los casos dejó aprendizajes y enriqueció sus saberes, más aún, los motivó a seguir investigando la problemática abordada, el seguimiento de egresados en Marcelina y la investigación autobiográfica y narrativa de la experiencia docente en Manuel.

Sin duda alguna, tanto la experiencia mostrada en la presentación biográfica de cada uno de ellos como los cambios y transformaciones que han tenido gracias a las experiencias que cuentan en sus relatos, se pueden considerar elementos constitutivos de una manera de ser y de obrar socialmente deseable y aceptable, muestran también su capacidad para tomar decisiones ante los problemas, retos y desafíos de su práctica profesional, y que siempre consideran a sus estudiantes como los sujetos más importantes en su accionar docente. Dicho de otro modo, son una buena muestra de la experiencia como un valor profesional (Martínez, 2015: 148-49).

El contenido del relato oral y del relato escrito

Sin duda alguna el contenido de un relato será diferente si lo obtenemos de manera oral o bien de manera escrita. No es que uno sea mejor que el otro, son más bien distintas formas de recrear una identidad narrativa. Y en ambos casos será diferente por la presencia de algunos elementos que nos pudieran parecer secundarios, pero que tienen gran influencia (por ejemplo, las consignas que se dan e incluso las pequeñas variaciones de la oralidad de la persona que está proponiendo la actividad), pueden variar la producción de los relatos en cuanto a su contenido (Ramallo y González-Monteagudo, 2014).

Si se trata de un trabajo colectivo, la simple composición del grupo y la idea que cada uno de los participantes se hace sobre el resto de ellos puede provocar cambios en la producción del discurso. Por ejemplo, en el trabajo del proyecto del laboratorio virtual de biografización (Martínez, 2015b) para la Enciclopedia Autobiográfica de Tlaltenanguenses, hubo quien pidió no estar en un equipo junto con otra persona porque se sentía incómoda y que la intimidaba haciendo un trabajo juntas aún en la virtualidad, otras personas de inmediato se salieron del grupo de Messenger en donde se les había agregado, y de éstas sólo una justificó su salida argumentando que le gustaba más trabajar sola que en grupo, lo cual es otro elemento que sin duda alguna modificaría no sólo la interacción entre los participantes sino también el contenido del propio relato.

Del mismo modo, la expectativa de publicar o no publicar los relatos puede hacer variar su contenido, o bien el hecho de que se deje abierta la posibilidad de la publicación a una consideración o decisión colectiva posterior. Esto puede crear incertidumbre en algunos sujetos, y según su carácter esto puede hacer variar el contenido: a un sujeto obsesivo le gustará saber desde el principio si se va a publicar o no su relato, y eso puede influir su producto; una persona que sea perfeccionista puede pensar que tiene que escribir mejor o más porque se hará público su relato; a una persona ambiciosa y que esté buscando una cierta imagen social o enriquecer su currículum vitae posiblemente le agrade el hecho de que se publique.

Cuándo usar la oralidad y cuándo la escritura

Sin duda alguna la perspectiva epistémica y teórico-metodológica desde la que se aborde un objeto de estudio irá indicando cuándo utilizar la oralidad y cuándo la escritura en los relatos. Sin embargo, es el investigador quien decide en qué formato se quiere situar, o si quiere combinar ambos, y de qué manera lo quiere hacer o los puede combinar.

Otro aspecto que hay que considerar es el capital cultural de las personas con quienes se trabaja. Si éste es elevado tal vez permita mayor versatilidad y uno se pueda mover entre un registro y otro; excepto en el caso de que exista una

resistencia muy evidente por parte de una persona o de varios integrantes de un grupo.

En todo caso, lo mejor es encontrar la fórmula con la que el investigador y los participantes se sientan más cómodos, y desde luego la fórmula que sea más coherente con los objetivos y contenidos de la investigación. Si hablamos, por ejemplo, de investigar la experiencia podríamos preguntarnos: ¿cómo envasamos nuestra experiencia –incluso la de profesores universitarios con un buen capital cultural– en formatos escritos u orales? La respuesta podría ser: la oralidad. Porque entendemos la experiencia como algo que me pasa, como algo fragmentario, discontinuo y a veces inexplicable; asimismo, porque la construcción de la experiencia que hago siempre está mediada narrativamente por la oralidad, es decir, la experiencia es lo que me ha pasado, pero también es lo que yo cuento que me ha pasado y cómo eso construye mi identidad.

Esto es, consideramos que la experiencia se expresa sobre todo en la oralidad. No obstante, la experiencia también se puede expresar en un formato escrito, y cuando sucede así por lo general adquiere más continuidad, profundidad, relevancia, densidad, intensidad y sistematicidad.

Empero, al construirla de manera escrita y darle cierta sistematicidad, al generar una especie de sistema puede dar la impresión de que las cosas tenían que suceder de la manera en que sucedieron, también se corre el riesgo de dar un hilo o de tejer los hechos para explicar o darle sentido a lo que pasó como si fuera una continuidad perfecta, como una construcción continuada del sentido, cuando pudo haber sido de otra manera, o en su momento no tener el sentido coherente construido a posteriori. Y lo mismo sucede, o se acentúa, si se plantea el tema y se pide un relato escrito dando un tiempo pertinente para hacerlo, de seguro se creará un texto siguiendo las normas de comunicación, buscando pertinencia en el sentido, el orden y la secuencia propios del texto, y que la oralidad no tiene. En lo oral existe una construcción discursiva diferente. En efecto, mediante la oralidad esa característica de discontinuidad de la experiencia se muestra más libremente, porque el discurso oral también es más discontinuo. Existen, evidentemente, otras dimensiones sobre la oralidad, vinculadas a los contextos sociales de legitimación,

distinción y reproducción sociales, que no tratamos aquí, pero que están bien documentados en el excelente trabajo de Vich y Zavala (2004).

Algo para concluir

Reconocemos que la oralidad y la escritura en la narrativa autobiográfica constituye un tema peliagudo y que no siempre se aborda o hace explícito en una investigación, y consideramos que se puede formular en forma de pregunta: ¿cómo se relaciona la personalidad y la subjetividad, tanto del investigador como de los participantes, con el objeto de estudio de la investigación, con el proceso y con los productos que se van generando? ¿De qué forma interfiere, potencia, o bien, obstruye la oralidad o la escritura un proceso de construcción de narrativa autobiográfica? Son preguntas excesivas que guían la puesta en marcha de un trabajo preliminar.

Todo esto inevitablemente tiene una gran trascendencia, y en la medida que el investigador se conozca mejor a sí mismo y tenga alguna competencia adecuada para comprender y para conocer a los demás, o una especial sensibilidad para captar las situaciones grupales, lógicamente añade un plus a su trabajo para poder manejar la situación, y que no sea la situación la que maneje al investigador o al entrevistador.

Como cuando en algunas entrevistas el entrevistador dice cosas y el entrevistado algunas veces pierde el hilo de por dónde va la situación y está un poco a la deriva como si fuera un barco que se lo va llevando el viento; o al contrario, cuando al entrevistado le gana su retórica, sus intereses, su ego, su personalidad. Es evidente que el entrevistado o la persona que genera el relato tiene que tener libertad, pero el entrevistador tiene que darse cuenta de por dónde van las cosas. Por ejemplo, si le pedimos a una persona que nos cuente su experiencia en cierto campo –como a un educador que ha sido director de escuela y ya hemos hablado de su práctica educativa en el aula– y le pedimos hablar de su etapa de director escolar, y otra vez vuelve al aula diciendo: “Es que yo me he dado cuenta desde la dirección que lo fundamental es la práctica educativa, por eso...”. Entonces el entrevistador no va a lograr su cometido, entonces por lo menos hay que estar

consciente de cómo se está jugando la situación, de tal modo que eso lo pueda ayudar.

Si bien lo aquí expuesto es motivo de una discusión teórica y epistémica más profunda sobre la oralidad y la escritura, es preciso tomar en cuenta que no es necesario tenerla resuelta para hacer una buena investigación, una intervención o una tesis de grado. Una cosa es poner al servicio de la investigación estrategias narrativas escritas y orales y tener claro por dónde se va, los límites, ventajas y desventajas de estos tipos de relato, así como considerar el tiempo del que uno dispone y las posibilidades de lectura, y otra cosa es resolver el estatuto epistémico de lo escrito y de lo oral en la investigación biográfica y en la narrativa. Por ello, el tema queda abierto a la discusión. Creemos que nuestras reflexiones pueden contribuir a complementar y profundizar los debates recientes desarrollados en el campo de la Historia Oral, que ha enfatizado en los últimos tiempos sus dimensiones reflexivas, críticas y contextuales, en el contexto del giro narrativo (Thompson, 2000).

Sin lugar a dudas, estamos lejos de llegar a una conclusión definitiva, empero, de forma provisional, podemos apuntar que la narrativa autobiográfica conforma un campo de investigación, problematización, dilucidación y autocreación cuyos frutos más exquisitos apenas están madurando, falta mucho por hacer todavía.

Referencias bibliográficas

- Barthes, Roland (1976). *El grado cero de la escritura seguido de nuevos ensayos críticos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bolívar, Antonio; Domingo, Jesús; Fernández, Manuel (2001). *La investigación biográfico-narrativa en educación. Enfoque y metodología*. Madrid: La Muralla, S. A.
- Foucault, Michel (1999). *Entre filosofía y literatura. Obras esenciales I*. Barcelona: Paidós.
- González-Monteagudo, José (2010). La entrevista en Historia oral e Historias de vida: Teoría, método y subjetividad, en Laura Benadiba (Comp.): *Historial Oral: Fundamentos metodológicos para reconstruir el pasado desde la diversidad*. Rosario (Argentina): SurAmérica Ediciones, 21-38.

- González-Monteagudo, José; Mellado, José (2004). *Entre la familia, la política y el trabajo. Historia de vida de José Mellado Tubío*. Documento inédito.
- Lewis, Oscar (1965). *Los hijos de Sánchez* (segunda edición). México: Fondo de Cultura Económica.
- Martínez Delgado, Manuel (2015a). La construcción autobiográfica y narrativa de la experiencia docente. Tesis para optar por el grado de Doctor en Pedagogía. México, Facultad de Filosofía y Letras, División de Estudios de Posgrado, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Martínez Delgado, Manuel (2015b). El Laboratorio virtual de biografización como dispositivo de reflexividad cultural e identitaria. Proyecto de investigación registrado en la Universidad Autónoma de Zacatecas (UAZ-2015-36820), bajo el financiamiento de la SEP/DGESU a través del Programa para el Desarrollo Profesional Docente (UAZ-EXB-377).
- Ramallo, Francisco; González-Monteagudo, José (2014). El lugar de las historias de vida y la investigación biográfica narrativa en el campo de la educación (Entrevista a José González Monteagudo). *Revista de Educación* (Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina), año 5, 447-456.
- Thompson, Paul (2000). *The voice of the past. Oral History* (3rd ed.). Oxford: Oxford University Press.
- Vich, Víctor ; Zavala, Virginia (2004). *Oralidad y poder. Herramientas metodológicas*. Bogotá: Norma.